

# SAN JUAN POETA LIRICO

Por CONSUELO BURELL

La mística en España no es—como se ha dicho—un replegarse a lo interior por cansancio de lo exterior, sino que es una manifestación del afán de lucha, que surge cuando la Iglesia tiene un sacudimiento por el peligro que la amenaza con la Reforma Luterana. Es mística contemplativa y activa, como la de las dos grandes figuras—Santa Teresa y San Juan—que, juntas trabajaron con fe y tesón en una misma empresa: la de una sana reforma de forma sin atacar al dogma.

La mística contemplativa se eleva a cimas inaccesibles con San Juan. Ese dejó familiar y sencillo del estilo de Santa Teresa que, como ha dicho recientemente Eugenio Montes, “sabe a pan de trigo”, no es ya el de San Juan, cuyo estilo sin dificultades incomprensibles es, sin embargo, distante, profundo y elevado, con la profundidad de su alma y la elevación de su éxtasis. Es el más subjetivo de los místicos, y por lo mismo el más difícil de comprender, pues pocas veces se dan almas que puedan compenetrarse con otra tan excelsa; a pesar de ello, algo como llamaradas repentinas nos atraviesan al leer su obra, llamaradas que de pronto iluminan y que aunque vuelva la oscuridad nos dejan el recuerdo de su luminosidad entrevista. Una sensación de estar al borde del misterio, y sin llegar, es la que se exhala de sus escritos. Poesía de aspiración constante, que quiere llegar y no puede, que nos lleva más allá, siempre con un deseo de alcanzar un no sé qué vago e impreciso, ese “no sé qué que queda balbuciendo”, porque nunca se podrá decir, aunque no se viva más que para decirlo. Por ello, tras las palabras de sus poesías hay siempre más, algo que se sabe inefable y a veces está a punto de aparecer entre líneas. Este intentar y no lograr da irrealidad a su poesía. Cree siempre estar a punto y el punto le falta. De aquí, un casi saber, un casi adivinar, una cosa de vértigo, cuando parece acercarnos a aquello que no sabemos todavía qué es y casi comprendemos. Esa vaguedad flota en muchos de sus versos...

... y el espíritu dotado  
de un entender no entendido.

Balbuceo es su poesía, tensión por poner en palabras lo inefable que se escapa, llevándole en su fuga hacia una aspiración loca que no se puede concretar. Y las palabras, por la dificultad de precisar en ellas todo su mundo de sensaciones, se le convierten en símbolos. Es el poeta de lo inefable, a quien el idioma le resulta insuficiente—como a otro gran lírico: Bécquer, aquel que quería, “domando el rebelde, mezquino idioma”, encerrar en un himno un imposible. También, como el místico, sintió el poeta romántico el querer desasirse de lo real, presintiendo que algo divino le palpita dentro, pero el pobre romántico cae tropezando en desalentadoras realidades y estrella su impulso contra terrenos amores tristes, y el místico logra purificarse y elevarse en alas del divino.

Para alcanzar esta elevación San Juan está en vilo,

Mi alma está desasida  
de toda cosa criada  
y sobre sí levantada.

de puntillas, en tensión continua, dispuesto siempre al salto audaz,

di un ciego y oscuro salto.

ciego, porque se lanza sin conocer exactamente la trayectoria, y y oscuro por no alcanzar la luminosidad total.

La tensión aumenta y le inquieta...

todo me voy consumiendo.

Sin embargo, en la oscuridad, “sin otra luz ni guía que la que en el corazón ardía”, marcha firme a su ideal. Le dirigen sus an-



sias mejor que los razonamientos complicados, que la lógica sobra donde alienta la fe, aunque él no desprecia la razón, pues nos dice “un solo pensamiento del hombre vale más que todo el mundo”; pero no olvida que la razón se debe a Dios y la sublimiza. “La razón sin Dios es abismo, y el hombre sin Dios cae en terrible soledad, y el que cae ciego no se levantará ciego sólo, y si se levanta sólo caminará por donde no conviene”. Es la postura radicalmente opuesta a tanto racionalista que, orgulloso de su razón, la cree norma suficiente y llega a la fría soledad del que ha perdido el camino hacia Dios. San Juan, para no perderlo, para no caer, para no quedarse a solas caído en la terrible desesperanza de la desolación sin salida, se apoya en su amor, se guía por su fe, clama a su Dios. Todas sus poesías indican la trayectoria de este amor, desde que de la noche profunda de su alma sale en tinieblas, pero con fe en la existencia de la luz, hasta que por la constancia de su amor todo ardor y “llama viva” se anega en la luminosidad. El alma del poeta, para el lanzamiento de las ansias e ímpetus que le angustian, necesita el aislamiento. De aquí la importancia dada al sigilo y a la oscuridad; a “oscuras”, “en secreto”, son expresiones repetidas como cifra del ambiente grato a un corazón también en soledad “de amor herido”. La gente y las cosas externas distraen con sus palabras y su roce áspero, y el alma del santo sólo ansía sentirse a sí misma y unida a Dios “en parte donde nadie parecía” con un silencio inmenso, en el que únicamente el corazón vibre cada vez con más intensidad.

El amor, que en el camino difícil guía al santo, es un amor de arrebató que arrastra, empuja y no deja pasar y aparta de todo lo que no sea el Amado.

Buscando mis amores  
iré por esos montes y riberas;  
ni cogeré las flores,  
ni temeré las fieras,  
y pasaré los montes y fronteras.

Su ímpetu todo lo pasa y nada lo detiene. Dolencia incurable la de este amor que busca sin encontrar, y al que nada puede sanar si no es el logro total del amor.

Continúa en la página 65)